
JESÚS A. BEJARANO: LA GUERRA Y LA PAZ

Carlos Ossa Escobar

Contralor General de la República

Agradezco la colaboración indispensable de Felipe Lozano Puche y los comentarios de la profesora Ana María Bejarano.

Resumen

Ossa Escobar, Carlos, "Jesús a. Bejarano: la guerra y la paz", Cuadernos de Economía, v. XVIII, n. 31, Bogotá, 1999, páginas 137-150

Este artículo intenta ser un itinerario analítico de las obras de Jesús Antonio Bejarano relacionadas con el conflicto armado colombiano. Inicialmente se establece una disyunción nuclear: sus reflexiones sobre la guerra y sus reflexiones sobre la paz. Dicha disyunción es provocada por lo que Bejarano bautizó como "la tensión entre lo público y lo privado" -racionalidad democrática versus racionalidad económica individual- y constituye la frontera que lo condujo desde su disciplina inicial, la economía, hacia otras ciencias sociales como la politología y la sociología. El recorrido entre fronteras disciplinarias, combinado con el rigor académico, es lo que en opinión del autor marcará la impronta de una obra absolutamente singular.

Abstract

Ossa Escobar, Carlos, "Jesús A. Bejarano: war and peace", Cuadernos de Economía, v. XVIII, n. 31, Bogotá, 1999, pages 137-150

This paper pretends to be an analytical itinerary of the works of Jesus Antonio Bejarano that deal with the Colombian violence phenomenon. Initially, the author came through a critical division: his reflections about war and his reflections about peace. Such a division has been the product of what Bejarano baptized as "the tension between public and private [affairs]" -democratic rationality versus economic individual rationality- and underlies as the frontier that led him from his initial discipline, economy, to other social sciences such as political science and sociology. The journey through disciplinary frontiers combined with academic rigour is what, in the author's opinion, establishes the stamp of an absolutely singular piece of work.

Siento esta noche heridas de muerte las palabras

Fragmento de *Nocturno*, de Rafael Alberti

Todos los homenajes están cargados de una indeseable dosis de ambigüedad. Por un lado, es completamente legítima la intención de crear lugares en los que la memoria de los muertos, y sobre todo de sus vidas, pueda constituirse en antecedente ejemplar. Pero por otro, es irritante la costumbre colombiana de ensalzar a los muertos con indulgencias, como si así se pudiera remediar la mezquindad con que tratamos a los vivos. Este artículo es, por lo tanto, producto de la desazón y la esperanza que se encontraron en mí cuando decidí aceptar la propuesta de colaborar en un número de *Cuadernos de Economía* dedicado a Jesús A. Bejarano. Se trataba de escribir un ensayo sobre Bejarano y la paz, un tema que ocupó la mayor parte de sus últimos años de vida y del que son fiel testimonio una decena de “notas” —así las llamaba él— entre libros, capítulos y artículos publicados en diferentes revistas. Un tema en el que desembocaron nuestros intereses y alrededor del cual se encontraron nuestras vidas.

Desandar el camino de Bejarano ha sido un ejercicio doloroso. Tuve, como he dicho, la oportunidad de acompañarlo en diferentes momentos y nuestros encuentros no casuales enmarcaron simbólicamente el comienzo y el final de su aproximación al problema de la paz. Así pues, fue en mi calidad de Consejero de Paz del presidente Barco que pedí a Bejarano que integrara el núcleo de colaboradores de la Consejería para la Reconciliación, Normalización y Rehabilitación. Pasados los años, nos encontramos en mi despacho, en el último piso del edificio Colseguros, cocinando los ingredientes de ese país diferente con el que todavía soñábamos. De su labor como asesor de la Contraloría quedó una irónica evidencia: un artículo publicado con el título “¿Avanza Colombia hacia la paz?” pocos días después de su muerte [Bejarano 1999a].

No es fruto de la casualidad que Bejarano hubiera involucrado en sus reflexiones al conflicto armado y, de contera, a la paz. En efecto, su trayectoria —vista

a través de una perspectiva exclusivamente cronológica— simboliza la trayectoria misma, desde su génesis hasta su situación actual, del conflicto armado en Colombia. Desde los años setenta, época en la que se convirtió en uno de los protagonistas de la Nueva Historia,¹ la cuestión agropecuaria se constituyó en uno de los ejes de su carrera académica y profesional. Era cuestión de tiempo para que sus investigaciones y reflexiones lo guiaran hacia el tema del conflicto armado colombiano. Estaba convencido de que uno de los nudos gordianos del enfrentamiento era el problema de la tierra, aunque esta certidumbre no lo llevó a cortarlo cándidamente, esa fácil salida en la que suelen caer los comentaristas de la realidad colombiana. Es claro —dadas sus iniciativas posteriores— que para él, el tejido del conflicto era de una complejidad que requería aproximaciones más ricas, no sólo desde la ciencia económica sino también desde la sociología y la ciencia política: “Las explicaciones y soluciones de la violencia se sumergen en un tejido de dimensiones institucionales, jurídicas, económicas y culturales cuya armazón no es fácil de discernir” [Bejarano 1990a, 16]. De esta manera, recorriendo el campo se acercó a la guerra y finalmente a la mesa de negociaciones. El asunto de la paz se convirtió en su preocupación fundamental, alternando entre lo académico y lo político —en el mejor sentido del término— como negociador y facilitador de los procesos que se llevaron a cabo en Centroamérica.

Pocos académicos lograron combinar y abordar intereses tan diversos con el rigor y la profundidad de Jesús A. Bejarano. Cuando en la mayoría de los casos, quienes intentan emprender travesías multidisciplinarias naufragan en la frivolidad, él logró dar a su obra un cuerpo uniforme que lo erige en una de las figuras más relevantes de las ciencias sociales en Colombia. Sus textos sobre la paz —aunque tal vez no sea afortunado seguir llamándolos así— dan fe de ello, puesto que mantuvieron dos líneas conceptuales fundamentales que requerían perspectivas disciplinarias diferentes. Por una parte, lo que podríamos llamar las *reflexiones sobre la violencia* y, por otra, las *reflexiones sobre la paz*. La razón para establecer esta diferencia es sencilla; basta observar detenidamente el contenido de sus trabajos para identificar dos líneas de pensamiento sustancialmente disímiles al problema del enfrentamiento armado y de su solución política. La primera —más acorde con su formación— se relacionaba con el impacto económico del conflicto armado, sobre todo en el sector agropecuario; la segunda, en cambio, favorecía el análisis retrospectivo y comparativo de las experiencias de negociación desde la teoría de la resolución de conflictos, una aproximación determinada, sin lugar a dudas, por su experiencia como negociador.

A pesar de ser uno de los críticos de la fecunda comunidad de ‘violentólogos’, su primer acercamiento al fenómeno del conflicto armado fue un artículo de

1 En efecto, Bejarano participó como coautor de la obra compilada por Jaramillo [1976].

1988 titulado “Efectos de la violencia en la producción agropecuaria”, en el que intentó cuantificar el impacto de la violencia sobre el desarrollo de las actividades agropecuarias. Siete años después, publicó su libro *Una agenda para la paz. Aproximaciones desde la teoría de resolución de conflictos*, una recopilación de cuatro ensayos que daban inicio a las que he llamado sus *reflexiones sobre la paz*. En los once años que transcurrieron desde el primer artículo hasta su muerte, no abandonó ninguna de estas aproximaciones conceptuales y mantuvo ambos intereses, de manera que complementaba perfectamente su conocimiento actualizado del desarrollo del conflicto con las reflexiones acerca de las negociaciones. Así, su visión de la situación del conflicto, que combinaba ambas facetas era de las más completas —y complejas— que pudiéramos tener. Lo que sigue es un primer bosquejo de esa visión y un pálido homenaje a su memoria.

LA GUERRA

En sus artículos sobre la *guerra*, Bejarano se esforzó por transformar una serie de conductas y de preconcepciones, muy arraigadas en la sociedad colombiana, acerca de la violencia política y de su incidencia en el desarrollo económico. En primer lugar, la actitud que describió como “la escasa preocupación de los economistas por identificar con mayor precisión los efectos de la violencia sobre la producción, la asignación de recursos o las transformaciones en el sistema productivo agropecuario, y antes bien, lo que la mayoría de los economistas adoptan son, por lo general, hipótesis derivadas del sentido común, sobre los efectos adversos que cabría esperar de situaciones de violencia en la economía” [Bejarano 1990a, 144].

Esa actitud ejemplificaba, de una parte, una concepción ‘urbana’ del conflicto y de sus consecuencias, mayoritaria hasta hace muy poco —y quizá aún— en el círculo de analistas, que veía la violencia como una “molestia con la que es posible convivir”—expresión de Bejarano [1996, 140]— y no como la amenaza latente que la realidad, urbana y rural, evidenciaba. Y, de otra, la escasa o nula disposición de los economistas a elaborar, con el mínimo rigor, estudios que explicaran la relación entre desarrollo económico y violencia. Esta última le parecía, además, un síntoma de la brecha entre el análisis político y el análisis económico o, en otras palabras, del desdén con el que los investigadores económicos contemplaban los fenómenos políticos y sociales.

Cada uno de sus artículos se encuentra salpicado, en mayor o menor grado, de alusiones a la frivolidad e indiferencia con la que los economistas se ocupan del tema de la violencia. De esta última nos ocuparemos más adelante. Con respecto a la frivolidad, el primero de ellos, aunque no el más virulento, fue el que publicó *Coyuntura Económica* en 1988, a raíz de la irrupción de la violencia como la “única variable de interpretación económica a la que se le asocian toda clase de desajustes a contravía de las estadísticas, de los hechos y aun de la

misma lógica: 'Baja 45 por ciento crédito agrario por causa de la violencia' titula un redactor de *El Tiempo* haciendo caso omiso de todos los factores que determinan el crédito. 'Se vende un país por culpa de la inseguridad', titula otro comentarista apoyándose en cifras dudosas, y un experto economista como Juan Camilo Restrepo no duda en atribuir a la inseguridad la fuga de capitales, la caída de la inversión extranjera y de la inversión minera, al tiempo que el propio Secretario Económico de la Presidencia culpa a las guerrillas de la inflación" [Bejarano 1988, 185]. En este estudio hizo una minuciosa valoración de los indicadores económicos disponibles y concluyó que la violencia no tenía, hasta esa fecha, efectos negativos en el desarrollo del sector agropecuario. Sus hallazgos —para sorpresa de muchos— evidenciaban mayores tasas de crecimiento en aquellos lugares con presencia de los actores armados, bien fueran guerrilleros o paramilitares. Incluso llegó a detectar que en algunos departamentos con tradicional influencia de las FARC, como Caquetá, Vichada y Guaviare, los salarios eran más del 40 por ciento superiores al promedio rural nacional. Sin embargo, advertía que de mantenerse la tendencia de intensificación del conflicto y teniendo en cuenta la distribución geográfica de los actores armados al margen de la ley, en poco tiempo se verían comprometidas áreas vitales de la economía. Si bien era motivo de celebración el que finalmente se impusiera la violencia como una variable dentro de los análisis económicos, no dejaba de ser deseable que su incorporación al modelo estuviera mediada por mecanismos más formales que el sentido o los lugares comunes.

Casi diez años después de haber publicado este artículo, en 1996, Bejarano retoma la discusión en la *Revista Nacional de Agricultura*, con un texto cuyo título es prácticamente una réplica del anterior [Bejarano 1996]. Por momentos el contenido es también el mismo, pero no por consecuencia del agotamiento analítico del autor, que insiste en la necesidad de superar una "subestimación estratégica sobre los costos económicos de la violencia [que] [...] tiene derivaciones de singular importancia [...] respecto de los alcances de cualquier esfuerzo conducente a superar el conflicto" [Bejarano 1996, 140], sino porque aun cuando la dinámica del conflicto se ha transformado considerablemente, la posición del establecimiento se ha mantenido inmutable.

Los datos siguen sorprendiendo: la violencia no se concentra, como se imaginarían los entusiastas defensores de la pobreza y la insatisfacción de las necesidades básicas insatisfechas como causas 'estructurales' de la violencia, en las regiones deprimidas, alejadas de los polos de desarrollo. Por el contrario, la acción insurgente se concentra cada vez más alrededor de las regiones donde se produce buena parte de la riqueza nacional, dejando sus antiguas zonas de influencia operando a manera de zonas de contención, una retaguardia precaria pero útil para las nuevas necesidades estratégicas de la guerrilla. En 1994, según los datos de Bejarano, el 56 por ciento del total de municipios de Colombia se encontraba bajo la presión de alguna organización subversiva, y para ese mismo año los costos económicos de la violencia y la inseguridad alcanzaron el

2 por ciento del PIB nacional, es decir, el 12.8 por ciento del PIB agropecuario. Parecía ser un hecho la transformación cualitativa y cuantitativa del enfrentamiento, que hacía probable la perspectiva de que la violencia insurgente llegara a tener consecuencias económicas importantes para las actividades urbanas o para la seguridad de las ciudades [Bejarano 1996, 148-152]. El autor retomaba su advertencia de 1988: era cada vez más inminente el recrudecimiento del conflicto por cuenta de la incapacidad de la 'Colombia urbana' de entender el conflicto en sus dimensiones y riesgos reales. Incluso después de un año, en 1997, se lamenta: "la inseguridad o la confrontación armada parecen situarse en un orden secundario de preocupaciones, jerarquización ésta que corresponde sin duda a una molestia con la que es posible convivir. La percepción de los pobladores rurales de las zonas de conflicto es, por supuesto, bien distinta" [Bejarano 1997, 249]. Bejarano estaba convencido de que la disyunción entre la Colombia rural y la urbana subyacía a la falta de iniciativas y toma de conciencia del establecimiento acerca de la necesidad de optar por una solución negociada al conflicto armado por costosa que pareciera, y al mismo tiempo suponía que sólo una evaluación económica de los costos y los peligros potenciales del conflicto podría, acudiendo a la racionalidad económica de corto plazo que determina sus decisiones, modificar las prioridades de los agentes económicos y del sistema político al punto de abocarlos a la mesa de negociaciones.

Como ya dije, Bejarano solía referirse a la indiferencia explícita de los economistas hacia el conflicto como objeto de estudio, y sus iniciativas se pueden interpretar como un intento de llenar ese vacío. Lo interesante es que fue justamente el fenómeno que Bejarano bautizó como "la tensión entre lo público lo privado",² lo que le permitió transitar libre y justificadamente, del análisis típicamente económico al análisis político y sociológico. Su transgresión permanente de una barrera disciplinaria que le impedía conocer su objeto de estudio para proponer soluciones realistas provocó el salto de la economía al espectro más amplio de otras ciencias sociales.

El esquema de este proceso se puede advertir en el artículo publicado con motivo de la publicación de las Memorias del Seminario Paz, Democracia y Desarrollo, "Democracia, conflicto y eficiencia económica" [Bejarano 1990b]. Allí intenta explicar por qué razón el sistema político y los agentes económicos se niegan a asumir las responsabilidades que les corresponden en la solución del conflicto y, como es obvio, descarta cualquier alternativa fácil del tipo 'cri-

2 En otras palabras, el lugar dónde se impone la 'ética económica' —la racionalidad económica individual— sobre una 'ética política' —la racionalidad democrática— y que hizo posible la prolongación del conflicto al amparo del axioma fundamental de la sociedad colombiana durante muchos años: "el país va mal pero la economía va bien". Para una mayor profundidad sobre las aproximaciones a este concepto, ver Bejarano [1990b].

sis de valores'; así devela un problema más interesante y profundo: el hecho de que estas actitudes remitan a la mencionada tensión entre la racionalidad económica y la racionalidad política. Mientras existan en el corto plazo estímulos de tipo económico —como en el caso colombiano— para aplazar o simplemente desentenderse de la negociación política del conflicto y las concesiones que implica, los agentes seguirán tomando las decisiones que les demande la ética económica por encima de las consideraciones de la ética política. De hecho, la tensión producida por la contradicción de estas dos éticas es la restricción principal para la resolución del conflicto. Lo que esta tensión pone en evidencia es la necesidad de una redefinición del bien común que permita armonizar la satisfacción de los derechos y deseos privados reclamados por individuos y grupos, y a la vez responder a las necesidades funcionales del sistema [Bell 1977, 234-235]. Puesto que semejante organismo de mediación no puede obedecer a las leyes del mercado —que entrañan el uso de la racionalidad económica— sino que debe ser sustraído a ellas, el Estado parece ser el mejor candidato para llevar a cabo esa tarea. De esta manera el problema de la legitimidad del Estado y de las instituciones políticas vertebró todas las posibilidades de compromisos y decide acerca de la eficacia de las alternativas de resolución de conflictos [Bejarano 1990b]. Y el problema de la legitimidad del Estado y de las instituciones políticas, así como el de reformular el contrato social que se deriva de este razonamiento, es materia de estudio de otras ciencias sociales diferentes a la economía. Este artículo marca pues la frontera conceptual que cruzó Bejarano entre la economía y la ciencia política y la sociología. Una frontera que conduce directamente a sus trabajos sobre la paz.

LA PAZ

Los textos de Jesús A. Bejarano que se dejan agrupar en esta categoría gravitan alrededor de dos grandes variables analíticas: la perspectiva comparada y la teoría de resolución de conflictos. Más que los sesgos ideológicos presentes en la mayor parte de los comentaristas de la realidad del país, lo que estaba presente en los estudios de Bejarano era la intención, rayana en la obsesión, de filtrar cada una de las experiencias de negociación en Colombia por medio de instrumentos conceptuales, de tal manera que se pudiera tejer lo que él llamó un "tejido de lenta factura": el proceso de paz [Bejarano 1999a].

A diferencia de la mayoría de sus colegas negociadores, Bejarano era consciente de que los procesos de paz son "acumulativos y que deben constituirse, como en tantos países, en punto de referencia para la necesaria continuidad de los esfuerzos en materia de negociación" [Bejarano 1998b]. Tal vez por su experiencia universitaria, él sabía que todos los procesos de acumulación y elaboración de conocimiento en Colombia fracasaban al enfrentarse con el "síndrome del génesis", por el cual algunos funcionarios descubren que la creación empieza el día de su posesión y que se permiten, por cuenta de su arrogancia y al

costo de unas enormes consecuencias para el país, desconocer esfuerzos que por su propia naturaleza son acumulativos y que deben ser, como en otros países, un “punto de referencia para la necesaria continuidad de los esfuerzos en materia de negociación” [Bejarano 1998b, 1]. Esta constatación no se reduce al campo de los negociadores de paz, ni siquiera de los funcionarios públicos, sino que se encuentra, además, en el fondo de un debate alrededor de las razones por las que en Colombia la comunidad académica goza de una precariedad y fragilidad proverbiales.

Si bien la modestia no era una de sus cualidades, Bejarano era capaz —incluso en procesos tan criticados por voluntaristas e improvisados como el del gobierno Pastrana— de reconocer los avances y logros de todas las iniciativas emprendidas en casi dos décadas de negociaciones con los movimientos guerrilleros. Así mismo, sus conocimientos acerca de las negociaciones lo llevaban a ser inflexible con respecto a temas sustanciales sobre los que había logrado una claridad conceptual envidiable. En general, tenía una personalidad difícil de clasificar y que en todo caso se negaba a ser clasificada en el universo de lugares comunes predominante en Colombia. Ni en la derecha, ni en la izquierda, ni en el cómodo limbo que sirve de hogar a los oportunistas, las posiciones de Bejarano estaban determinadas por su condición de académico e, incluso a pesar de su soberbia y de su acidez, y haciendo honor a su condición de negociador, sabía encontrar los puntos de acuerdo más que explotar las diferencias. “De alguna forma —afirma Bejarano— el argumento no es más que un ‘querer obligar a alguien’ a creer en algo, en vez de ayudarlo a comprender mejor las cosas: aquí no se trata de que el diálogo conduzca a una de las partes [...] a algo sino que se trata de algo mucho más creativo, estimular en los interlocutores modos de pensar alternativos, como la única manera de transformar los componentes de un conflicto a través de la transformación del discurso que lo expresa” [Bejarano 1998b, 13].

Es preciso detenerse en aquello de las claridades de Bejarano con respecto a los procesos de paz. Quizá la mejor manera de hacerlo sea a través del análisis del proceso actual de negociaciones, cuyas bases sentó en el artículo “¿Avanza Colombia hacia la paz?”. El primer lugar dentro de las consideraciones de Bejarano lo ocupaba la identificación de las *incompatibilidades básicas* dentro de las negociaciones. “En efecto, como se sabe, las incompatibilidades básicas surgen de concepciones diferentes de las partes sobre aspectos centrales de la negociación, [...] que conducen por lo general a objetivos mutuamente excluyentes, en tanto se fundan en diferencias sobre la manera como cada parte evalúa las relaciones de poder entre las partes” [Bejarano 1995a, 84]; para él, el asunto de la identificación de las incompatibilidades, más que la enumeración de inconvenientes de tipo procedimental, estaba sólidamente ligado a los problemas sobre los cuales gravitaba la negociación [Bejarano 1995b].

De hecho, en su análisis de las incompatibilidades básicas de la ronda de Caracas con la Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar (CGSB) —donde fue el

negociador principal del gobierno— se encuentran varios elementos presentes en las negociaciones actuales con las FARC-EP. Se trata de lo que Bejarano clasificó como la “diferente evaluación de la correlación de fuerzas y la construcción de consensos”. En el caso de la diferente evaluación de la correlación de fuerzas, se manifiesta uno de los síntomas de la salvadorización del conflicto, denunciada frecuentemente por Bejarano: el intento por parte los negociadores de la CGSB—justificado por el discurso predominante en varias cumbres guerrilleras— de aplicar la “negociación entre iguales” derivada del “empate militar”, al igual que en la experiencia salvadoreña.³ Un intento que chocó francamente con la posición de los negociadores del gobierno que “ni aun bajo consideraciones de extrema generosidad para lograr avanzar en la negociación hubiera podido permitirse la tesis de negociar bajo el influjo salvadoreño del ‘empate’, no sólo porque no se correspondía con la realidad ni con la capacidad de convocatoria social de la propia guerrilla, sino porque hubiese significado admitir una crisis de gobernabilidad tan inexistente como inaceptable” [Bejarano 1995a, 103]. Como se ve, las partes en conversaciones diferían de manera abrumadora en la evaluación que cada una hacía de su capacidad militar y de su representación, una situación parecida a la presente, en la cual dentro del establecimiento—principalmente en las Fuerzas Armadas y sectores radicales pero representativos— existen serias dudas sobre la verdadera capacidad militar de la guerrilla, capacidad que no deja de ser menospreciada en cada oportunidad posible, y por lo tanto se generan grandes reparos con respecto a las concesiones del gobierno, que según su lógica no se compadecen con las características del enfrentamiento.

Evidentemente, desde Caracas hasta ahora se han producido ciertos consensos básicos alrededor de la necesidad de dialogar, de la capacidad desestabilizadora de la guerrilla y, sobre todo, de la incapacidad operativa de los organismos de seguridad (Fuerzas Armadas y Policía) para controlar y aún más para reducir la amenaza insurgente. Sin embargo, “la configuración de los consensos mínimos verticales (al interior de las partes) condiciona la posibilidad de los acuerdos en el plano horizontal y es por lo tanto el nudo real del proceso de paz. Ese consenso no se ha configurado en ninguno de los actores excepto al parecer en el caso de los paramilitares” [Bejarano 1999a, 11]. Ya había advertido antes que sólo una reflexión pragmática de la guerrilla sobre la real correlación de fuerzas del conflicto, o una modificación sustancial de las relaciones de poder—producto, por ejemplo, de una escalada en la ofensiva insurgente— llevarían a la creación de espacios favorables para la reanudación de las conversaciones

3 Se refería con insistencia a los síntomas de este fenómeno, presentes en las negociaciones tanto como en la dinámica misma de las confrontaciones. Ver Bejarano [1997, 255; 1996, 146]y, sobre las negociaciones, Bejarano [1995a, 96-102].

[Bejarano 1995a, 108]. Por lo pronto, los consensos son sumamente precarios, hecho corroborado por la impresión de que el proceso de paz se sostiene, principalmente, en la confianza mutua entre los dirigentes —Pastrana y Tirofijo— y no en la voluntad de los sectores representados en la mesa de negociación.

Lo que al parecer estamos viviendo en la actualidad es un recrudecimiento del conflicto con miras, justamente, a reforzar la posición negociadora de la guerrilla en una eventual negociación, en otras palabras, a legitimar la tesis del “empate militar”. Siguiendo un estudio que identifica el patrón de escalonamiento hacia la negociación, la situación colombiana encajaría en el cuarto y último escalón en el cual las incompatibilidades básicas, aún existentes y sin resolver, desencadenan una nueva oleada de violencia a pesar de la confluencia de parte de los actores en la necesidad de una solución negociada del conflicto [Letamendia 1997]. “Es ahí donde las presiones para que en ese escalafón las negociaciones sean exitosas, sólo puede venir desde afuera, o bien del contexto internacional [...] o bien de un estado de opinión creado por movimientos sociales y personas que generen una cultura política nueva al margen de las dos partes” [Bejarano 1998a, 38]. Para él, ése es el escenario ideal para que la *sociedad civil* desarrolle su papel dentro de la dinámica del proceso, más allá de las manifestaciones espontáneas cada vez menos efectivas, a las que parece haberse encomendado con fervor. La sociedad civil se contenta con hacer valer sus paradigmas de civilidad y consecuente rechazo a la violencia y no emprende ningún intento por entender de qué manera se vive el conflicto entre los actores y por lo tanto qué implica comenzar a negociar. Bejarano reclama una redefinición del papel de la sociedad civil en la solución negociada del conflicto, en el que se encargue de recrear, o mejor, ensanchar, un tercer espacio donde puedan converger los proyectos antitéticos del establecimiento y la insurgencia. En este punto, sus reflexiones sobre la paz coinciden con las conclusiones que esbozara en el artículo “Democracia, conflicto y eficiencia económica”: “lo que da lugar a la violencia insurgente no es la idea de qué debería hacer el Estado, sino la idea mucho más compleja de cómo debería ser el Estado. Es allí donde radica el nudo de la negociación política y donde debe situarse el espacio decisivo para un papel activo de la sociedad civil” [Bejarano 1998a, 33].

Parece ser que Bejarano encontró el agente que desencadenará la “reformulación del contrato social” [Bejarano 1990b, 167-171], provocada por la tensión entre la ética económica y la ética política. Una sociedad civil que concentre sus esfuerzos en favorecer el consenso del cual nazca una nueva cultura política, “ensanchando el espacio del medio para hacer converger una idea común de lo que debería ser y lo que debería hacer el estado” [Bejarano 1990b, 34]. Si se contrasta esta tarea fundamental con los pasos de ciego que hasta ahora ha dado la sociedad civil en lo que respecta al proceso de paz con las FARC, queda la sensación de que el camino por recorrer es largo.

Según él existen, sin embargo, fenómenos alentadores. Por primera vez la movilización social se gesta en rechazo a los actos de violencia, y no sencillamente en respaldo o para presionar las iniciativas de paz [Bejarano 1999a, 13]. De esta manera, no sólo se manifiesta una deseable transformación cualitativa de los objetivos de la sociedad civil sino que se restringe la eficacia de la violencia como mecanismo de presión y se elimina la posibilidad de negociar la violencia: “en la medida en que un hecho violento suscite de inmediato un llamado a la negociación de ese hecho, convierte a la violencia por sí misma en negociable, la acrecienta y le hace un enorme daño a una solución política estable y de largo plazo” [Bejarano 1999a, 13].

Por otro lado Bejarano había logrado determinar con exactitud las características esenciales de los procesos exitosos de paz en Guatemala y El Salvador. En ese sentido, la permanente negativa (en las diferentes etapas del proceso y en los diferentes procesos) de los movimientos guerrilleros colombianos a mantener la confidencialidad de las conversaciones —presente en los procesos de desmovilización del FMLN en El Salvador y del URNG en Guatemala⁴— y más bien mantener la actitud de “negociar frente al país”, despierta serias dudas sobre la real voluntad de paz de los insurgentes y hace recordar las amargas experiencias del proceso de paz del presidente Betancur, cuya negociación fue utilizada por la guerrilla como mecanismo de consolidación y expansión de su capacidad militar [Bejarano 1995a]. Con respecto a su propia experiencia como negociador en la ronda de Caracas, Bejarano declara que “desconociendo las propuestas del gobierno para hacer negociaciones discretas y confidenciales y crear mecanismos de información ajenos a la especulación, la guerrilla se encargó de hacer de cada uno de sus actos un espectáculo no sólo con la prensa sino con importantes dirigentes políticos y empresariales” [Bejarano 1995a, 100]. Lo que se escondía detrás de esa aparente terquedad era una manifiesta incompatibilidad en cuanto a los objetivos de la guerrilla y del gobierno en las negociaciones. La guerrilla asumía las negociaciones como una táctica de paz dentro de una estrategia de guerra, mientras que el gobierno estaba decidido a involucrarse en un proceso serio y definitivo. Algo similar puede anotarse con respecto al más serio *impasse* del proceso de paz del gobierno Pastrana, pues si bien es de celebrar la aceptación de las FARC a someterse a mecanismos de verificación a los que se había negado, las dificultades y posterior desaparición que afrontó la Comisión de Verificación enturbiaron el proceso y alimentaron la desconfianza entre las partes. La verificación fue, en los procesos de paz

4 A diferencia del caso colombiano, los procesos de paz en Salvador y Guatemala presentaron a un frente insurgente unificado. En el caso del Salvador, cinco organizaciones insurgentes dieron origen al Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional, FMLN, y en el caso de Guatemala, los cuatro grupos guerrilleros del país conformaron la Unidad Revolucionaria Nacional de Guatemala, URNG.

centroamericanos, un factor fundamental para restablecer la confianza entre los negociadores. No sobra recordar que la confianza mutua es el punto de partida sin el cual no es posible concebir un proceso de negociación exitoso.

Bejarano selló con una cita bastante afortunada su análisis sobre el proceso de paz del Gobierno Pastrana: “Esencialmente he dicho dos cosas sobre la vida en medio de un remolino. Primero, hay que saber hacia cuál orilla quiere uno nadar. Segundo, hay que asegurarse de que los esfuerzos inmediatos parezcan llevarnos en esa dirección. Quien quiera más precisión que esa no la encontrará, y seguramente se ahogará mientras la busca” [Wallerstein 1998, 268]. En ese estado de incertidumbre y decidido desespero se encuentra el proceso de paz colombiano, sometido a las fuerzas brutales de una sociedad confundida y violenta y a la presión armada de grupos cada vez más poderosos y difíciles de controlar. “No es chapoteando como se alcanza la orilla” —remata— “eso es lo único seguro” [Bejarano 1999a, 13].

Seguro también que su lucidez, su escepticismo y su capacidad analítica le harán mucha falta al país. Sobre todo en momentos críticos como éste, en los que se adentra casi que con entusiasmo en una espiral de violencia alocada y fulminante. Hace falta su presencia para traer un poco de orden en medio de la confusión. Bejarano murió hace poco, aplastado por esa realidad que intentaba comprender y explicar. Nos han quedado sus notas, el recuerdo de una personalidad singular, de una inteligencia única y del rigor de un verdadero académico.

Nos han quedado sus palabras, heridas de muerte. La soledad de una lucha silenciosa e incesante en la que las palabras no sirven, siguiendo al poeta, porque son tan sólo palabras. No hay que perder la esperanza, pero será difícil sobreponerse al dolor y al desaliento. Parece que ser colombiano demanda mucho más que el acto de fe que profirió Borges.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bejarano, Jesús A., 1976. “El fin de la economía exportadora”, Jaramillo [1976].
- Bejarano, Jesús A. 1982. “La economía”, *Manual de Historia de Colombia*, Instituto Colombiano de Cultura, Bogotá.
- Bejarano, Jesús A. 1985. *Economía y poder, la SAC y el desarrollo agropecuario colombiano*, CEREC-SAC, Bogotá.
- Bejarano, Jesús A. 1988. “Efectos de la violencia en la producción agropecuaria”, *Coyuntura Económica*, XVIII, 3, FEDESARROLLO, Bogotá.
- Bejarano, Jesús A. compilador. 1990a. *Construir la paz. Memorias del Seminario Paz, Democracia y Desarrollo*, CEREC-Presidencia de la República-PNUD, Bogotá.
- Bejarano, Jesús A. 1990b. “Democracia, conflicto y eficiencia económica”, Bejarano [1990a].
- Bejarano, Jesús A. 1993. “Notas para una historia de las ciencias agropecuarias en Colombia”, *Historia Social de la Ciencia en Colombia*, Tomo III, *Historia Natural y Ciencias Agropecuarias*, COLCIENCIAS, Bogotá.

- Bejarano, Jesús A. 1995a. *Una agenda para la paz. Aproximaciones desde la teoría de la resolución de conflictos*, Tercer Mundo Editores, Bogotá.
- Bejarano, Jesús A. 1995b. "Los diálogos de Caracas. Un análisis de las incompatibilidades básicas", Bejarano [1995a].
- Bejarano, Jesús A. 1996. "Inseguridad y violencia: sus efectos económicos en el sector agropecuario", *Revista Nacional de Agricultura*, 914-915, Sociedad Colombiana de Agricultores, Bogotá.
- Bejarano, Jesús A. Director de Investigación. 1997. *Colombia: inseguridad, violencia y desempeño económico en las áreas rurales*, Universidad Externado de Colombia-FONADE, Bogotá.
- Bejarano, Jesús A. 1998a. "Ensanchando el centro: el papel de la sociedad civil en el proceso de paz", *Econografos. Ensayos sobre asuntos económicos*, octubre, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.
- Bejarano, Jesús A. 1998b. "Las negociaciones de paz, algunos aspectos metodológicos", *Econografos. Ensayos sobre asuntos económicos*, noviembre, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.
- Bejarano, Jesús A. 1998c. "Política comercial en la transición de la agricultura", *Cuadernos de Economía* 28, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.
- Bejarano, Jesús A. 1999a. "¿Avanza Colombia hacia la paz?", *Economía colombiana y coyuntura política* 275, 6-13, Contraloría General de la República, Bogotá.
- Bejarano, Jesús A. compilador, 1999b. *Hacia dónde va la ciencia económica en Colombia. Siete ensayos exploratorios*, Tercer Mundo Editores-COLCIENCIAS-Universidad Externado de Colombia, Bogotá.
- Bejarano, Jesús A. 1999c. "El papel de la sociedad civil en el proceso de paz", Leal [1999].
- Bell, Daniel. 1977. *Las contradicciones culturales del capitalismo*, Alianza Editorial, Madrid.
- Deas, Malcom y Llorente, María V. 1999. *Reconocer la guerra para construir la paz*, CEREC-Ediciones Uniandes-Editorial Norma, Bogotá.
- Echandía, Camilo y Escobedo, Rodolfo. 1994. *Violencia y desarrollo en el municipio colombiano (1985-1993)*, Presidencia de la República-Consejería para la Paz, Bogotá.
- Fals B., Orlando. 1987. *Historia de la cuestión agraria en Colombia*, Carlos Valencia Editores, Bogotá.
- Jaramillo A., Darío. 1976. *La nueva historia de Colombia*, Instituto Colombiano de Cultura, Bogotá.
- Leal B., Francisco, compilador. 1995. *En busca de la estabilidad perdida. Actores políticos y sociales en los años noventa*, Tercer Mundo Editores-IEPRI-COLCIENCIAS, Bogotá.
- Leal B., Francisco, editor. 1999. *Los laberintos de la guerra. Utopías e incertidumbres sobre la paz*, Tercer Mundo Editores, Universidad de los Andes, Bogotá.
- Letamendia, Francisco. 1997. *Juegos de espejos: conflictos nacionales centro-periferia*, capítulo 15, Editorial Trotta S.A., Madrid.
- Peñaranda, R. y Guerrero, J., compiladores. 1999. *De las armas a la política*, Tercer Mundo Editores-IEPRI, Bogotá.
- Wallerstein, Immanuel. 1998. *Después del liberalismo*, Siglo XXI Editores, Madrid.